Francisco Fernández Carvajal

DOLORES Y GOZOS (II)

— Huida a Egipto.

— La vuelta a Nazareth.

— Jesús perdido y hallado en el Templo.

I. Un día, instalada ya probablemente en una casa modesta de Belén, la Sagrada Familia recibió la inesperada y sorprendente visita de los Magos, con sus dones de homenaje al Niño Dios. Pero enseguida, después que se marcharon estos ilustres personajes, un ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: *Levántate, toma al niño y a su madre, huye a Egipto y estate allí hasta que yo te diga, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo*[1].

A la gran alegría de la visita de aquellos hombres importantes, siguió el abandono de la casa recién instalada y de la pequeña clientela que ya tendría José en Belén, el dirigirse a un país extraño y desconocido para él y, sobre todo, el temor a Herodes, que buscaba al Niño *para matarlo*. Una vez más, la claridad y la penumbra en que Dios deja tantas veces a los que elige: junto a unas alegrías que no tienen comparación posible, sufrimientos grandes. Dios no quiere a los suyos lejos de la alegría ni tampoco de la Cruz[2]. El Señor, «amador de los hombres - señala San Juan Crisóstomo al comentar este pasaje mezclaba trabajos y dulzuras, estilo que Él sigue con todos los santos. Ni los peligros ni los consuelos nos los da continuos, sino que de unos y otros va Él entretejiendo la vida de los justos. Tal hizo con José»[3].

La Sagrada Familia se puso en camino enseguida, como había dicho el ángel, y llevarían lo indispensable para el camino. «Porque José era pobre, le fue fácil partir a la primera señal. ¡Su fortuna no era para él ningún obstáculo! Ninguna clase de *impedimenta*, habrían dicho los latinos. Empuña su bastón de viaje, su humilde montura –la que le asigna la tradición: un burro y en ella se va sin más con María y el Niño–Dios. Pasará inadvertido por esa misma pobreza. Y porque José, además de

su pobreza, practica la humildad y la obediencia en sus más altos grados, obedece sin retrasos y sin queja a las órdenes celestiales»[4].

Mientras tanto, muchos niños menores de dos años de toda aquella comarca dieron su vida por Jesús, sin saberlo. Este martirio les abrió enseguida las puertas del Cielo y gozan ahora de una felicidad eterna contemplando a la Sagrada Familia. Sus madres fueron santificadas por el dolor que sufrieron en sus almas, y se convirtió para ellas en instrumento de salvación.

San José, con esfuerzo grande, quizá en los comienzos sin saber si tendría con qué alimentar a la Sagrada Familia al día siguiente, hubo de reconstruir de nuevo su hogar. Después de un tiempo, encontraría una estabilidad, pues pondría todos los medios humanos a su alcance para que así fuera. A pesar de encontrarse en tierra extraña, aquel tiempo, quizá años, José tuvo el gozo y la alegría de la convivencia con Jesús y María, que tendría presente el resto de sus días. Quizá más tarde, de nuevo en Nazareth, recordarían aquella época como «los años de Egipto» y hablarían de las preocupaciones y sufrimientos del viaje y de los primeros meses, pero también de la paz que gozaron ellos, los padres, al ver a Jesús que crecía y aprendía las primeras oraciones de sus labios.

Jesús aparece junto a la Cruz desde los comienzos, y, con Él, las personas que más amaba y quienes más le amaban, María y José. El Santo Patriarca sufrió, pero no se impacientó ante esos planes divinos difíciles de entender; tampoco nosotros «debernos sorprendernos demasiado por la contradicción, el dolor o la injusticia, ni tampoco perder por ello la serenidad. Todo está previsto»[5].

II. La Sagrada Familia permaneció en Egipto hasta la muerte de Herodes[6]. *Muerto Herodes, un ángel del Señor se apareció en sueños a José en Egipto y le dijo: Levántate, toma al niño y a su madre y vete a tierra de Israel; pues han muerto ya los que atentaban contra la vida del niño*[7]. Así lo hizo José; pero «en las diversas circunstancias de su vida, el Patriarca no renuncia a pensar, ni hace dejación de su responsabilidad. Al contrario: coloca al servicio de la fe toda su experiencia humana. Cuando vuelve de Egipto *oyendo que Arquelao reinaba en*

Judea en lugar de su padre Herodes, temió ir allá (*Mt* 2, 22). Ha aprendido a moverse dentro del plan divino y, como confirmación de que efectivamente Dios quiere eso que él entrevé, recibe la indicación de retirarse a Galilea»[8]. Y se fue a vivir a una ciudad llamada Nazareth...[9].

José levanta una vez más su hogar y pretende dirigirse a Judea, con toda probabilidad a Belén, de donde partieron para Egipto. Pero Dios Padre tampoco en esta ocasión quiso ahorrar las dificultades, el miedo, a los que más quería en la tierra. Por el camino debió de enterarse José de que Arquelao, que tenía la misma fama de ambición y de crueldad que su padre, reinaba en Judea. Y él llevaba un tesoro demasiado valioso para exponerlo a cualquier peligro, y *temió ir allá*. Mientras reflexionaba dónde sería más conveniente para Jesús instalarse -siempre es Jesús lo que motiva las decisiones de su vida fue avisado en sueños y marchó a la región de Galilea. En Nazareth encontró antiguos amigos y parientes, se adaptó a una nueva tierra, la suya, y vivió con Jesús y María unos años de felicidad y de paz.

Nosotros pedimos a María y a José que, para amar más a Dios, sepamos aprovechar las contrariedades y dificultades que la vida lleva consigo y que no nos desconcertemos si, por querer seguir al Señor un poco más de cerca, nos sentimos a veces más próximos a la Cruz, como una bendición y signo de predilección divina. «¡Oh Virgen bendita, que supiste aprovecharte tan bien de tu permanencia en tierra extranjera, ayúdanos a servirnos bien de la nuestra en este valle de lágrimas! Que a ejemplo tuyo ofrezcamos a Dios nuestros trabajos, molestias y dolores para que Jesucristo reine más íntimamente en nuestras almas y en las almas de nuestros prójimos»[10]. A San José le pedimos que nos haga fuertes en las dificultades, mirando siempre a Jesús, que también está muy cerca de nosotros. Él será nuestra fuerza.

III. En el último dolor y gozo contemplamos a Jesús perdido y hallado en el Templo.

Estaba prescrito en la Ley que todos los israelitas debían realizar una peregrinación al Templo de Jerusalén en las tres fiestas principales: Pascua,

Pentecostés y los Tabernáculos. Esta prescripción obligaba a partir de los doce años. Cuando se vivía a más de una jornada de camino, bastaba con que acudieran en una de ellas. La Ley nada decía de las mujeres, pero la costumbre era que acompañasen al marido. María y José, como buenos israelitas, iban todos los años a Jerusalén para la fiesta de la Pascua. Cuando Jesús cumplió los doce años subió a Jerusalén con sus padres[11]. Para el viaje, cuando se tardaba más de una jornada, se reunían varias familias y hacían juntos el camino. Nazareth distaba cuatro o cinco jornadas de Jerusalén.

Una vez terminada la fiesta, que duraba una semana, las pequeñas caravanas se volvían a reunir en las afueras de la ciudad y emprendían el regreso. Los hombres iban en una, y las mujeres formaban otra; los niños hacían el camino indistintamente con una u otra. Hombres y mujeres se reunían al anochecer para la comida de la tarde.

Cuando María y José se reunieron al finalizar la primera etapa del viaje, notaron enseguida la ausencia de Jesús. Al principio creyeron que iba en algún otro grupo, y se pusieron a buscarle. ¡Nadie había visto a Jesús durante el viaje! La siguiente jornada, entera, la pasaron indagando sobre el Niño: hicieron un día de camino buscándolo entre parientes y conocidos. ¡Nadie tenía la menor noticia! María y José estaban con el corazón encogido, llenos de angustia y de dolor. ¿Qué podía haber ocurrido? Aquella noche antes de volver a Jerusalén debió de ser terrible para ellos. Al día siguiente, muy temprano, regresaron a Jerusalén, y allí preguntaron por todas partes. ¿Dónde estaba Jesús? ¿Qué había ocurrido? Preguntan, describen a su hijo, pero nadie sabe nada. «Prosiguen su búsqueda -él con el rostro contraído, ella curvada por el dolor enseñando a las generaciones futuras cómo hay que comportarse cuando se tiene la desgracia de perder a Jesús»[12].

Quizá lo peor de todo fue el aparente silencio de Dios. Ella, la Virgen, era la preferida de Dios; él, José, había sido escogido para velar por ambos y tenía, también, experiencias de la intervención de Dios en los asuntos de los hombres. ¿Cómo, al cabo de dos días de clamar al Cielo, de buscar incesantemente y cada vez con mayor ansiedad, el Cielo permanecía mudo a sus súplicas y a sus

sufrimientos?[13]. A veces Dios calla en nuestra vida, parece que lo hemos perdido. Unas veces, por nuestra culpa; otras, parece que Él se esconde para que le busquemos. «Jesús: que nunca más te pierda...»[14], le decimos en la intimidad de nuestro corazón.

Al tercer día, cuando parecían agotadas ya todas las posibilidades, encontraron a Jesús. Imaginemos el gozo que inundaría las almas de María y de José, sus rostros resplandecientes al volver a casa con el autor de la alegría, con el mismo Dios, que se había perdido y que acababan de encontrar. Llevarían al Niño en medio de los dos, como temiendo perderle de nuevo; o, al menos -si no temían perderle queriendo gozar más de su presencia, de la que durante tres jornadas habían estado privados: tres días que les habían parecido siglos por la amargura del dolor.

«Jesús: que nunca más te pierda...». A San José le pedimos que nunca perdamos a Jesús por el pecado, que no se oscurezca nuestra mirada por la tibieza, para tener claro su amable rostro. Le pedimos que nos enseñe a buscarlo con todas las fuerzas –como lo único necesario– si alguna vez tenemos la desgracia de perderlo.

1 *Mt* 2, 13. — **2** Cfr. SAGRADA BIBLIA, *Santos Evangelios*, EUNSA, Pamplona 1983, nota a *Mt* 2, 14. — **3** SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Homilías sobre San Mateo*, 8. — **4** L. CRISTIANI, *San José, Patrón de la Iglesia universal*, p. 78. — **5** F. SUÁREZ, *José, esposo de María*, p. 168. — **6** *Mt* 2, 14. — **7** *Mt* 2, 19. — **8** SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, 42. — **9** *Mt* 2, 23. — **10** A. TANQUEREY, *La divinización del sufrimiento*, p. 120. — **11** Cfr. *Lc* 2, 41-42. — **12** M. GASNIER. *Los silencios de San José*, p. 129. — **13** Cfr. F. SUÁREZ, *o. c.*, p. 190. — **14** SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Santo Rosario*, quinto misterio gozoso.